

Artículos

La preparación de la visita de Juan Pablo II *Breves reflexiones teológicas*

Jon Sobrino

Resumen

Análisis de la preparación para la visita del Papa, pero independientemente de lo que ocurrió en ella. El tema es relevante porque ha revelado cosas importantes sobre el país y la Iglesia y por lo que se pueda aprender para que la visita del Papa de frutos duraderos y verdaderos. El análisis es guiado por tres criterios: el reino de Dios, el pueblo de Dios y la comunión eclesial.

En otro lugar de esta edición de la revista encontrará el lector lo que ha sido central en la visita de Juan Pablo II a El Salvador, los textos de sus homilías y discursos, las crónicas y los análisis. En este artículo, que hemos escrito antes de la venida del Papa, nos ceñimos al análisis de la preparación de la visita, lo cual, independientemente de lo que ocurra en ella, nos parece útil por dos razones principales. Una es que, tal como se ha llevado a cabo, la preparación ha sacado a luz cosas importantes del país y de la Iglesia —y, por lo tanto, es necesario reflexionar sobre ellas. Y la segunda es que de la preparación se puede aprender también —por afirmación y negación— qué habrá que hacer en la postvisita, lo cual es, en definitiva, lo más importante, si es que realmente se desea que la visita del Papa deje frutos verdaderos y du-

raderos. Pero antes de comenzar el análisis, hagamos unas aclaraciones previas.

En primer lugar, estas reflexiones nos parecen necesarias pues lo que ha abundado durante la preparación de la visita ha sido el entusiasmo descontrolado y la ligereza teológica. Y eso es peligroso, porque de esta forma se puede ocultar y tergiversar lo cristiano y se puede servir incluso a intereses que poco tienen que ver con lo cristiano, con lo que el Papa dijo en nuestro país hace trece años y con lo que ha repetido en sus últimos viajes.

En segundo lugar, hay que distinguir entre preparativos y preparación, entre lo más externo y superficial, y lo más hondo y real. *Preparativos* son las mil y una cosas necesarias para el buen desa-

rollo externo de la visita: comisiones de protocolo, liturgia, finanzas, medios de comunicación; obras físicas, templete, catedral, arreglo de calles; recuerdos conmemorativos, estampas, camisetas, llaveros... En su conjunto, el cúmulo de estos preparativos, más la publicidad que se les ha dado, ha alcanzado límites insospechados en cantidad y en manipulación ideológica. La *preparación*, sin embargo, es otra cosa. Es volverse hacia dentro, como personas, como comunidad eclesial y como pueblo, para tomar conciencia de las corrientes profundas que mueven nuestra realidad, sin quedarnos en el oleaje de la superficie. Y es la decisión a operar sobre esa realidad, cambiarla y salvarla. Y, pues se trata de la visita del Papa, todo ello debiera ser pensado desde la fe en Jesús y desde nuestra tradición eclesial, la simbolizada por Mons. Romero, Mons. Rivera y los mártires.

A continuación vamos a analizar la preparación de la visita, y para ello nos dejaremos guiar por tres realidades fundamentales de la fe cristiana que servirán como criterios de juicio: el reino de Dios, el pueblo de Dios y la comunión eclesial. Y lo hacemos así, porque, como decíamos antes, estas reflexiones no pretenden sólo analizar el pasado: cómo fue la preparación de la visita, sino que también pretenden que la post-visita sea fructífera.

1. El reino de Dios: Juan Pablo II y la realidad salvadoreña

Una visita papal es fructífera si pone a Juan Pablo II en contacto con lo más denso de la realidad salvadoreña, histórica y eclesial. En términos cristianos, si se denuncia y desenmascara el anti-reino que hay que erradicar y se anuncia y descubre el reino de Dios que hay que construir. Así ocurrió, en lo fundamental, en 1983, pero no ha ocurrido ahora en grado mínimamente suficiente.

1.1. La preparación de la visita en 1983

En la primera visita del Papa hubo menos preparativos, pero hubo una preparación mejor. Eso fue posible porque la Iglesia, simbolizada en el arzobispado de San Salvador, tomaba en serio la realidad salvadoreña, su referente era el pueblo salvadoreño y, dentro de él, las mayorías populares, no los poderes de este mundo. Esa era, conocidamente, la eclesiología de Mons. Romero y Mons. Rivera: el reino de Dios como horizonte de la misión de la Iglesia y el pueblo de Dios,

mayoritariamente pobre y sufriente, como su sujeto primario.

La preparación de la Iglesia salvadoreña. Esta Iglesia ya tenía para entonces una larga trayectoria de opción por los pobres y de denuncia de la represión. Recordemos, además, que en su última carta pastoral de 1979, Mons. Romero ya se había pronunciado en favor de un diálogo nacional. Y desde 1981, Mons. Rivera y el padre Ellacuría trataban por poner fin a la guerra a través del diálogo y la negociación. Este apoyo decidido al diálogo, más la denuncia profética y la opción por los pobres, introdujo a la Iglesia salvadoreña en el conflicto (sobre todo con el gobierno, la Fuerza Armada, la oligarquía y la embajada estadounidense y, en menor medida, también con el FMLN) y ello la hizo "salvadoreña" y "cristiana", porque la hizo participar en el destino de los salvadoreños y de Jesús: persecución, cruz y resurrección.

En conclusión, la encarnación en la realidad, la opción por los pobres, la independencia ante los poderosos, la honradez profética, la firmeza ante la persecución, la esperanza utópica y, a través de todo ello, la fe en un Dios de vida, fue la verdadera preparación, y la más importante, para la venida del Papa. No estaban los tiempos para muchos preparativos (peligrosos, como veremos), pero eso no importaba: la preparación más adecuada para un acontecimiento importante es la misma realidad de la Iglesia, siempre que sea Iglesia de los pobres, evangélica y salvadoreña. De ahí también que el anhelo y el clamor fuesen muy claros y muy reales en aquel entonces: que Juan Pablo II ayudase a traer la paz. No había que introyectar artificiosamente en la conciencia popular lo que debía pedir y esperar de la visita.

La preparación de Juan Pablo II. A esto hay que añadir que Juan Pablo II vino también muy bien preparado. Un año antes, en agosto de 1982, había escrito una carta a los obispos de El Salvador sobre el conflicto y su solución, lo cual le puso en contacto con la realidad salvadoreña, con sus responsables y con quienes la sufrían y padecían. Recordemos lo fundamental de esa carta, que resultó ser muy importante. "¡Viva el Papa!", escribió Ignacio Ellacuría.

En la carta, el Papa reconoce su *preparación e interés* por la situación del país: "me doy perfectamente cuenta", "me hago intérprete". Audazmente, rechaza la interpretación oficial según la

cual el conflicto salvadoreño era expresión del conflicto este-oeste y afirma que su verdadera raíz está “en las situaciones de *injusticia social*”. Rechaza también la interpretación oficial de la guerra como lucha contra la subversión, y afirma que se trata, más bien, de una “*guerra fratricida*” entre los que luchan por “conseguir un nuevo orden social” y los que recurren a “los principios de la seguridad nacional para legitimar represiones brutales”.

La solución no está en la violencia, sino en los *métodos de paz*, pero con condiciones claras y necesarias. “La paz debe realizarse en la verdad, debe construirse sobre la justicia, debe ser animada por el amor, debe hacerse en la libertad”. Insiste también en la *reconciliación*, que “no es signo de debilidad o de vileza; ni es renuncia a la debida justicia o a la defensa de los pobres y de los marginados; es un encuentro entre hermanos”. Y nótese que en esta bella letanía sobre la reconciliación no aparece el “olvido”, en lo que debieran parar mientes el gobierno, la Fuerza Armada y los ideólogos oficiales de la reconciliación.

Por último, el Papa formula las *aspiraciones del pueblo salvadoreño*. Es obvio que este pueblo desea la paz, pero desea también otras cosas sin las cuales ni es pueblo ni es humano: “sediento de verdad y de justicia”, dice el Papa, “deseoso desde hace tiempo de ver convertidos en realidad los genuinos conceptos de libertad, de dignidad de la persona, de justicia social”.

Con esta carta se preparó el Papa para su visita a El Salvador.

1.2. La preparación en 1996

Ahora, los *preparativos* fueron mucho mayores, pero la *preparación* fue escasa y peligrosa. La diferencia fundamental consiste en que la preparación no estuvo regida por el *principio realidad*, es decir, por lo que es y exige la realidad del país. En la preparación de la visita no apareció la verdad de la realidad, sino que ésta quedó encubierta. Por ello, tampoco se reflexionó sobre lo que la realidad exige y sobre lo que el Papa debiera apoyar, sino que todo ello fue sustituido por *slogans* piadosos y prácticamente vacíos. En este encubri-

mento tienen responsabilidad, en diverso grado, el gobierno y también la jerarquía eclesiástica.

La ideologización por parte del gobierno: “hablemos de paz, no de justicia”. La mayor novedad en los preparativos estuvo en la omnipresencia del gobierno, junto con grupos de la empresa privada, de la Fuerza Armada y de los medios de comunicación. El hecho es inocultable y su finalidad doble. En primer lugar, lo más importante y de largo alcance era aparecer en armonía con la Iglesia, lo cual analizaremos más adelante. Y en segundo lugar, definir el presupuesto fundamental

de la preparación: el Papa venía a un país en franco proceso de democratización y reconciliación, aunque necesitase un último empujón, algunos correctivos y, sobre todo, la bendición papal. Veámoslo.

Gobernantes y empresarios encubrieron burdamente la realidad del país. Repitieron, sin ningún análisis y como si fuesen los únicos problemas serios, *slogans* vacíos sobre “paz” y “reconciliación”, mientras ocultaban los problemas sentidos por las mayorías y constatados por las encuestas: injusticia, pobreza, delincuencia, desencanto —más los subproductos y problemas de la guerra que no han quedado resueltos: el paradero de miles de desaparecidos, la entrega de tierras a los ex combatientes, las amnistías precipitadas, la cultura de impunidad. Y a esto añadió la manipulación de lo religioso, pues, ofreciendo prebendas, buscaban apoyo para su postura en la jerarquía eclesiástica y esperaban que el Papa aprobase, más o menos explícitamente, esta visión del país. En breves palabras, nos vinieron a decir: “hablemos de paz, pero no mencionemos la justicia”.

Su actitud es todavía más reprensible cuando invocaron el nombre del Papa, pero sin citar ni sus palabras de 1983 ni otras más recientes que también nos atañen. No confesaron si estaban o no de acuerdo con esas palabras del Papa, ni menos aún si las habían cumplido o no —o si habían hecho lo contrario. Al parecer, esto les tiene sin cuidado, aun sabiendo que cualquiera puede echárselos en cara, con lo cual al encubrimiento y la manipulación añadieron su inveterada prepotencia. Juan Pablo II, en efecto, ha insistido e insiste en la paz,

Los preparativos fueron mucho mayores, pero la preparación fue escasa y peligrosa.

pero también insiste reiteradamente en la justicia. "Sobre la propiedad privada pesa una hipoteca social", "el trabajo tiene prioridad sobre el capital", hay que denunciar "la idolatría del mercado" y la existencia de los "inaprovechables", seres humanos que ni siquiera son ya tenidos en cuenta como mano de obra barata —simplemente no existen. "En el día del juicio los países pobres juzgarán a los países ricos".

Sin tomar en serio estos problemas, hablar de paz y reconciliación es hipócrita y encubridor, y es manipular gravemente la visita del Papa.

Examen de conciencia sobre la visita de 1983. Los sectores citados repitieron que el Papa encontraría un país distinto al de 1983. Le ofrecían el éxito de Chapultepec. Afirmaban que el país estaba bien encaminado y, subliminalmente, nos quisieron convencer de que no necesita un cambio de rumbo radical. Al Papa le tocaba —más allá de algunas amonestaciones cariñosas— animar a seguir por el camino emprendido y bendecirlo. Lo que no admiten es que el país tiene que arrepentirse y convertirse, que tiene que cambiar en cosas muy graves: pobreza, corrupción, injusticia, delincuencia, desencanto en la juventud, seis mil desaparecidos... No admiten aquel "revertir la historia" de que hablaba Ignacio Ellacuría. De esta manera trivializan la parábola de Jesús sobre el rico Epulón y el pobre Lázaro, en la que nuestra realidad queda descrita admirablemente: unos pocos medran cada vez más a costa de grandes mayorías en creciente pobreza. Y trivializan las palabras del Papa en 1983, pues entonces nos dejó una guía para el examen de conciencia sobre cómo construimos la paz. Veamos qué han hecho de estas palabras los responsables del país.

Con relación a la *verdad*, condición para la paz en la carta del Papa, ni una palabra dicen sobre los resultados de la Comisión de la verdad. Y ya que se trata de la visita del obispo de Roma, es clamoroso que no se diga para nada una palabra sobre el asesinato de dos obispos: Mons. Oscar Romero y Mons. Joaquín Ramos, ordinario castrense. Sobre lo primero habló claramente la Comisión de la verdad. Sobre lo segundo, Mons. Rivera insistió hasta el final en responsabilizar a militares o, al menos, en que se hiciese una

investigación seria a partir de esa hipótesis, a lo que apuntaban las investigaciones de la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado. En la visita *ad limina*, el Papa, sentado a la mesa con los obispos de El Salvador, insistió en conocer los detalles del asesinato de Mons. Ramos.

Esto es sólo un ejemplo, importante, de cómo campea en el país el encubrimiento de la verdad. Y para los que piensan que la verdad es enemiga de la reconciliación, los actuales ideólogos del "olvido sin verdad", citemos también, aunque no sean del Papa, estas palabras recientes del rabino D. Goldmann a propósito de los desaparecidos en Chile: "Los muertos no dejan dormir a nadie hasta que no se sepa la verdad... No conocer sus muertes es educar en el desprecio de la santidad de la vida humana".

Con relación a la *justicia*, ni una palabra dicen sobre los efectos de la globalización, el neoliberalismo, la modernización, los impuestos... Con relación al *amor*, ni una palabra dicen sobre enriquecimientos clamorosos, el robo y la corrupción ni sobre los 9,000 asesinatos al año. Con relación a la *libertad*, ni una palabra dicen sobre sus posibilidades reales: "hay muchos medios de comunicación, pero sólo una voz", se quejan las radios participativas. Y con relación a la *reconciliación*, ni una palabra dicen sobre las condiciones para recibir el perdón. Estas son según la más tradicional —y sabia— doctrina: examen de conciencia, dolor de corazón, propósito de la enmienda, confesión de boca y satisfacción de obra. O, en formulación más actual, la secuencia de verdad, justicia, perdón. Y lo peor no es que los responsables materiales e intelectuales de crímenes horrendos, y sus encubridores, cuyos nombres aparecen en el informe de la Comisión de la verdad, no pidan perdón, sino que no se dejen perdonar.

Mons. Romero es hasta el día de hoy el símbolo más elocuente de la tragedia y la gloria de este país.

Dicho sin ironía, no es de esperar que los sectores gubernamentales, militares, muchos de los económicos y políticos se distinguan por defender la verdad, la justicia, el amor y la libertad, pero es hipocresía que, por

una parte, pidan al Papa que traiga la paz y que, por otra, ignoren y encubran la realidad del país.

El boycott a Monseñor Romero. Al encubri-

miento de la realidad, hay que añadir otro silencio que dura ya dieciséis años. Es muy comprensible, desgraciadamente, que el gobierno, la empresa privada y el ejército no mencionen a Monseñor Romero. Pero que sea comprensible no quita que sea escandaloso.

Les guste o no, Mons. Romero es hasta el día de hoy el símbolo más elocuente de la tragedia y la gloria de este país. Y, además, así lo piensa el Papa. En 1983 visitó su tumba por propia iniciativa, desviándose para ello del programa que le habían preparado, y lo alabó como “pastor celoso y venerado”. Ahora se ha comprometido personalmente a apoyar el proceso de beatificación, aun en contra de posturas distintas en algunos dicasterios vaticanos, como lo dijo públicamente Mons. Rivera.

Esto quiere decir —y hay que recalcarlo al hablar de preparación espiritual— que Juan Pablo II propone a Monseñor Romero como cristiano ejemplar, del que nos debemos enorgullecer y, sobre todo, a quien debemos imitar. Esto afirma Juan Pablo II, y de esto no dicen una sola palabra los poderosos del país. En vida de Monseñor dijeron exactamente lo contrario, el fundador de ARENA planificó su asesinato y muchos de ellos lo aprobaron y se alegraron. Es cierto que eso ocurrió hace ya dieciséis años, pero desde entonces no han pedido disculpas públicas ni a la Iglesia ni al pueblo salvadoreño. Tampoco nos lo han puesto como ejemplo que todos, también ellos, debemos seguir.

La preparación por parte de la Iglesia. Ya hablaremos más adelante de la totalidad de la Iglesia como pueblo de Dios, pero digamos ahora que, en su conjunto, la Iglesia jerárquica no es la de hace trece años. Y no es que el Papa no haya dicho palabras importantes también para la Iglesia y su misión actual en el mundo. “Debemos ser artesanos de la paz”, ciertamente, pero a estas palabras ha añadido estas otras. “La Iglesia debe ser voz de los que no tienen voz”, sin que pueda desentenderse de la tarea, aduciendo que ésa es función de otras instancias civiles. “La Iglesia debe trabajar para construir una sociedad justa, pacífica y pluralista”, sin que pueda escudarse en avances en la esfera política, reales o supuestos, para no afrontar la injusticia. “La Iglesia debe ser como un perro guardián de la justicia y de los derechos humanos”, sin que el miedo a entrar en conflicto con los poderosos sea excusa para no hacerlo.



Es cierto que en el país hay cristianos, personas y grupos, que defienden la línea de la paz, la reconciliación y la justicia. En las comunidades hay ejemplos admirables de perdón y el padre Tojeira pidió el indulto para los asesinos de los jesuitas de la UCA. Las homilias de Mons. Rosa y el trabajo de la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado son ejemplos importantes del trabajo por la justicia y la defensa de los derechos humanos. Pero, en su conjunto, la jerarquía da ahora la sensación de desentenderse de la realidad, refugiándose en un mundo espiritualista. No hace de la relación con el mundo, para anunciar y denunciar, algo central. Por ello, la preparación de la visita del Papa no aparece desde la perspectiva del reino de Dios.

Sí hay que alabar el reciente mensaje de la Conferencia Episcopal que tiene palabras importantes e inspiradoras sobre la realidad del país, en la línea de las homilias de Mons. Rosa: “Los problemas sociales persisten con dramática gravedad, haciendo muy difícil la vivencia cotidiana de la paz. Porque no podemos estar en paz cuando la extrema pobreza, la inseguridad y el desempleo golpean con crueldad a tantos hermanos y hermanas”. Las soluciones, concluyen los obispos, deben ser “realistas y apegadas a la justicia”.

El mensaje, sin embargo, no ha sido publicitado masivamente. No sabemos si ha sido usado como tema de homilias, clases de religión, reflexión de los movimientos eclesiales, etc. No parece que haya habido la intención de generar conciencia colectiva con ese mensaje sobre la realidad del país y su pecado fundamental. Y además, aunque denuncian los males del país, no deslindan responsabilidades, ni analizan sus causantes, sino que, educadamente, agradecen a los medios de comunicación, al gobierno y a la empresa privada su

aporte a la preparación de la visita —aunque ninguno de estos sectores ha hecho suyo el contenido central del mensaje de los obispos.

En conjunto, pues, la jerarquía eclesiástica no ha presentado como debiera la realidad del país ni ha concebido esta tarea como central para la preparación de la venida del Papa. No recoge con vigor los clamores de los pobres, sino que aparece en convergencia con el gobierno y, derivadamente, con la visión ideologizada que éste ofrece de la realidad. Y de ahí se han seguido dos consecuencias importantes. La primera es de tipo político: la Iglesia no ha ofrecido un contrapeso a la ofensiva ideológica gubernamental. La segunda es de tipo cristiano: la preparación no ha estado centrada en la misión fundamental de la Iglesia, la construcción del reino de Dios y la erradicación del antirreino.

Es posible que la preparación espiritual que han pedido los obispos haya tenido frutos —ojalá— para la vida personal o familiar. Pero aunque esto se hubiera logrado, hay que estar claros que es sólo una dimensión de la fe cristiana, y que, además, es peligrosa si lleva a ignorar eficazmente la otra dimensión fundamental: la construcción del reino de Dios. Este olvido, como los otros que hemos mencionado, es lo que quieren los poderosos. Quizás las palabras del Papa animen, en la post-visita, a retomar el horizonte del reino y del antirreino en la misión de la Iglesia.

2. El pueblo de Dios: Juan Pablo II y las mayorías pobres

Juan Pablo II visita al pueblo de Dios y éste es quien, junto con su jerarquía, lo recibe, quien debe preparar la visita y quien debe ponerla a producir.

La Iglesia es la totalidad del pueblo de Dios y a éste le corresponde prepararse para la visita, dar la bienvenida al Papa y poner a producir sus gestos y palabras. Esto es central en la eclesiología del Vaticano II, pero, en la preparación de una vi-

sita papal, a ese principio teológico hay que añadir, realistamente, otras dos cosas. La primera es que el Papa es también jefe de Estado, con lo cual el gobierno está implicado de alguna manera en la visita. Y la segunda es que dentro del pueblo de Dios hay una jerarquía legítima, con funciones

de dirección, que, en casos como éste, es natural que asuma un papel importante.

Ambas cosas deben ser tenidas en cuenta, pero lo que ha ocurrido es que el gobierno salvadoreño ha asumido un protagonismo exagerado, más allá del que le corresponde, y la jerarquía eclesiástica ha asumido la visita prácticamente como cosa suya, sin dar la debida participación a la totalidad del pueblo de Dios. Así nos parece que son las cosas y habrá que subsanarlas en la postvisita.

2.1. Armonía entre el gobierno y la jerarquía

Ya hemos dicho que los preparativos de la visita han mostrado una presencia masiva y decisiva del gobierno en cercanía y armonía con la jerarquía, lo cual rompe con una tradición de más de cincuenta años. “¿Quién trae al Papa?”, preguntan algunos.

Un gobierno volcado hacia la Iglesia. La presencia gubernamental, en efecto, no se redujo a sus debidas proporciones. En las comisiones claves hubo miembros

importantes del gabinete. El presidente de la república habló con frecuencia de la venida del Papa, revisó el papamóvil y el templete... También intervino en otros asuntos eclesiales, como en la toma de la catedral, adoptando una postura muy similar a la de la jerarquía, y viceversa. En un cenáculo mariano apareció, junto con el sacerdote organizador, consagrando el país al Corazón de María.

El gobierno asumió los gastos de la construcción del templete —alrededor de dos millones de colones— y apoyó financieramente la construcción de la catedral. En presencia del arzobispo, el presidente entregó un donativo de cinco millones de colones a la comisión encargada de terminar el templo metropolitano y prometió públicamente en-

La Iglesia no ha ofrecido un contrapeso a la ofensiva ideológica gubernamental.

La preparación no ha estado centrada en la misión fundamental de la Iglesia, la construcción del reino de Dios.

regar otros diez millones (más otro millón que entregó al obispo de Santa Ana para la catedral de esa diócesis). También la empresa privada prometió públicamente otros quince millones para la catedral y en vísperas de la visita de Juan Pablo II hizo un nuevo donativo de cuatro millones para la construcción de un templo expiatorio.

Este modo de disponer de los dineros del Estado, es decir, los dineros del pueblo salvadoreño, su alto monto sobre todo —cerca de veinte millones— en un país pobre y en una coyuntura muy difícil para los pobres es de las cosas que más han extrañado y escandalizado. Si a esto se añade la ingerencia en otros asuntos de la Iglesia, no sorprende que un prominente católico comprometido con el país y la Iglesia haya recordado y exclamado con indignación: “El Salvador es un estado laico”.

Esta búsqueda de armonía con la Iglesia tiene una clara finalidad en la coyuntura actual: que un gobierno muy poco prestigiado, su presidente sobre todo, pueda revestirse del prestigio irradiado por el Papa. Pero la finalidad última es de más largo alcance y se puso en marcha a partir del nombramiento del actual arzobispo: que un gobierno, cuyo partido proviene de una tradición oligárquica y es responsable en buena parte de la reciente persecución religiosa, quede rehabilitado. Pero no es tan fácil.

En el último año de su vida, Mons. Rivera pronunció estas memorables palabras en la homilía dominical antes de las elecciones: “Lo quieran o no, la sombra de este crimen sacrílego [el de Monseñor Romero], persigue a quienes, aun después de catorce años, siguen impenitentes idolatrando al hombre que quiso resolver los problemas de El Salvador a sangre y fuego. Nosotros ya hemos perdonado. Pero no podemos callar lo que la Comisión de la verdad comprobó y presentó a los ojos del mundo”. Y no se diga que hay que olvidar para que la reconciliación sea posible. Mons. Rivera perdonó porque eso es un bien, pero no puede aceptar el olvido del hecho porque eso es un mal, mientras sus responsables “siguen impenitentes”. Es triste que se use una visita papal para intentar echar un velo definitivo a la Comisión de la verdad.

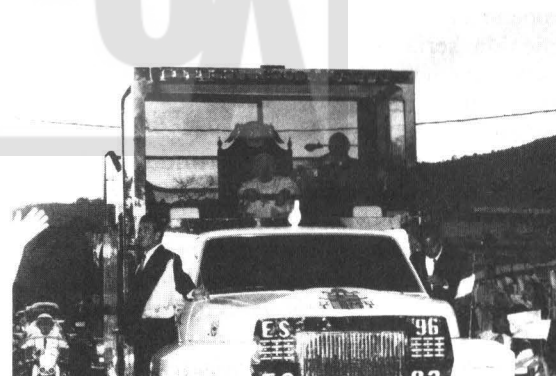
El rompimiento de una tradición eclesial. La jerarquía, por su parte, se ha mostrado agradecida al gobierno por la ayuda masiva, logística y finan-

ciera. Algunos, empresarios por cierto, dicen que el gobierno está jugando con la Iglesia. En cualquier caso, es difícil evitar la sensación de que en esta armonía con el gobierno la opción por los pobres y su defensa se debilita, mientras crece la cercanía y el apoyo a los poderosos. No hay duda del intento para silenciar la denuncia de la Iglesia y mediatizarla mediante prebendas. Y en esto se ha dado un cambio muy radical con respecto a la anterior situación eclesial.

Cuál deba ser la relación entre la Iglesia y el gobierno, lo formuló y puso en práctica Mons. Romero con estas palabras: “La Iglesia está con el pueblo, y si el gobierno está con él, entonces allí, en el pueblo, se encontrarán Iglesia y gobierno” —y en lo fundamental ésta fue también la línea de Mons. Rivera. Pero tras su muerte, se quebró esta tradición de parte de la Iglesia y la consecuencia es que quienes antes se sentían defendidos por ella, ahora parecen sentirse abandonados, y quienes la temían por su actitud valiente, veraz y profética, ahora están cercanos a ella.

Este cambio es inocultable y ha generado tensiones dentro de la propia Iglesia. De ello hay muchas manifestaciones: cambios drásticos en la dirección del seminario, en la organización de las vicarías y dependencias más importantes de la curia, en la YSAX, Cáritas, *Orientación...* Y a través de todos estos cambios se expresa el cambio fundamental, que es lo que genera disgregación y división: la visión y toma de postura ante la realidad nacional.

Unos creen que la Iglesia debe encarnarse en esa realidad, trabajar para transformarla en la línea de la justicia, cargar con ella, entrar en conflictos y sufrir ataques, si es necesario. Piensan, además, que es necesario conocer y analizar bien la reali-



dad, sobre todo en su dimensión estructural. Desde una perspectiva de fe, esa actitud supone ver la realidad como creación de Dios y lugar primario de su presencia; como lugar de la práctica cristiana del amor, de la justicia y del seguimiento de Jesús, en el cual va creciendo la fe; como lugar desde el cual puede crecer una Iglesia de los pobres, sacramento del reino de Dios. Otros no lo ven así. La oración, el trabajo de los laicos, la doctrina social de la Iglesia serán el aporte más específico de la Iglesia, pero ella, como totalidad del pueblo de Dios, se desentiende de la tragedia del país y se asienta más sobre el poder que dan los medios materiales abundantes y la influencia política, que sobre la fuerza que da el anuncio y la denuncia, la profecía, la utopía y la opción por los pobres.

El cambio es claro y las consecuencias también. En un momento importante y simbólico, la toma de la catedral, la postura del presidente de la república y la del arzobispo fueron muy cercanas. No fue ya la Iglesia —que se declaró como parte ofendida— la que medió en el conflicto y mostró la comprensión que debiera ser connatural por los obreros sin trabajo, sino que la Procuraduría para la Defensa de Derechos Humanos fue la que medió, pidió sensatez a los trabajadores, compartiendo su situación dramática, y denunció al gobierno por falta de disponibilidad para encontrar la solución. Para la Iglesia eso significó pérdida de prestigio y credibilidad, que, con razón, pasó a la Procuradora para la Defensa de los derechos humanos.

2.2. La participación del pueblo de Dios

La mayoría del pueblo de Dios estuvo mínimamente presente en la preparación de la visita. Que se sepa, ni el clero, ni las religiosas, ni mucho menos los laicos, fueron consultados sobre cosas de importancia, ni se propició en las bases la reflexión seria sobre la visita. Estamos lejos de los tiempos de Mons. Romero, quien, antes de escribir su cuarta carta pastoral sobre *La misión de la Iglesia en el mundo*, pasó un cuestionario a sus feligreses, preguntándoles cuál era el pecado fundamental del país, quién era Jesucristo para ellos, qué pensaban de los obispos, del nuncio, del arzobispo...

Para la preparación del pueblo de Dios se pu-

blicaron dos folletos doctrinales sobre la Iglesia y el Papa, pero son en exceso abstractos y no relacionan la eclesiología con la realidad del país. No tienen la mordiente de Medellín ni la de la Iglesia de los pobres. No mencionan la tradición martirial de la Iglesia salvadoreña. Quizás lo más llamativo es que no ambientaron esta visita, cristiana y teológicamente, en el contexto más central y abarcador de la fe. No se recordó lo fundamental de Jesús: el reino de Dios, las bienaventuranzas (y malaventuranzas), parábolas como las del buen samaritano o del rico Epulón y el pobre Lázaro, el misterio pascual, cruz infligida por los poderosos y resurrección por parte de Dios como justicia a una víctima inocente... No se oyó mucho del Dios que escucha los clamores de un pueblo oprimido, del Dios de huérfanos y viudas, del Dios del reino, Padre de nuestro Señor Jesucristo... No se oyó nada de los testigos de la verdad, de la fe, del amor, de los mártires...

Además, al pueblo de Dios se le pidió que se preparase espiritualmente en su interior, que orase por la reconciliación y por el Papa, pero no se le dio la palabra ni se propició su iniciativa, siendo así que la ha mostrado abundantemente en épocas recientes. Prácticamente todo, hasta los pequeños detalles, fue decidido por otros: la liturgia, quiénes estarían cerca del Papa, quiénes comulgarían de sus manos. Hasta los cantos y sus letras tuvieron que ser aprobados por comisiones del Vaticano —y, al parecer, no hay ni un solo canto salvadoreño. Y sobre todo, decidieron por ellos en lo principal: qué esperaban del Santo Padre y qué palabra suya, libre, salvadoreña, querían dirigirle.

A pesar de todo, varios grupos decidieron tomar la palabra. La confederación de religiosos y religiosas, los movimientos apostólicos y los jóvenes escribieron cartas al Papa y coincidieron en su contenido: que Juan Pablo II hable y denuncie nuestra realidad, que dé esperanza al pueblo sufriente y que canonicamente a Mons. Romero.

Excesiva presencia del gobierno y mínima participación del pueblo de Dios fueron los dos problemas fundamentales de la preparación.

2.3. La incógnita de la visita

Excesiva presencia del gobierno y mínima participación del pueblo de Dios fueron los dos problemas fundamentales de la preparación. Esto hizo que la visita del Papa tuviese también una dimensión de

incógnita, más allá de la libertad de la que, obviamente, el Papa haría uso. Y es que de cómo fueron los preparativos no se podía deducir cómo sería la visita, aunque algo, quizás, se podía adelantar.

Por lo que toca a su actuación y mensaje, el Papa muy bien podría superar los marcos que la propaganda oficial ha querido imponerle. Es probable que al tema de la reconciliación añada el de la justicia, los derechos humanos... Y es más probable todavía que mencione a Monseñor Romero. Por cierto, ésta era también la opinión del ex presidente Alvaro Magaña, quien lo recibió en 1983: "el Papa hablará de la reconciliación, pero podrá abordar los problema de la pobreza y la justicia social".

Esta posibilidad es real, pues en sus viajes, el Papa ha dado muestras de audacia para decir las cosas que cree que debe decir, aunque no sean del agrado de los gobernantes y poderosos del país que visita. Otra cosa es qué harán éstos con las palabras del Papa, si éstas cuestionan lo que oficialmente es incuestionable. La reacción a sus palabras, más que muchas adhesiones verbales, dará la medida de su verdadero interés en la visita del Papa —y una larga experiencia nos hace temer que no harán mucho caso a sus palabras, sino que, diga lo que diga, las cooptarán.

Por lo que toca al pueblo de Dios, los pobres del país se colocarán a lo largo del recorrido, en el templo y ante catedral. Les atrae una mezcla de cosas: la veneración religiosa que sienten por el Papa y la novedad del acontecimiento, único y quizás irreplicable en sus vidas. Pero, más de fondo, les atrae lo que intuyen de aprecio hacia ellos por parte de Juan Pablo II, cosa que difícilmente encuentran en otra parte. En palabras del padre Ibisate, rector de la UCA, "cuando no son nadie en nuestra sociedad civil, el que puedan ver al Papa aunque sea de lejos, es muy importante... Que venga el Papa, anciano, cansado sin duda por estos viajes que son un tanto fatigantes, les hace sentir importantes".

El pueblo de Dios estará allí, aguantará horas de calor, cantará, rezará y aplaudirá. Ojalá haya modo de que su realidad llegue hasta el Papa, aunque su voz no haya sido escuchada en los preparativos. Y ojalá su potencial religioso, el de la religiosidad tradicional y el de la religiosidad liberadora, sea bien encauzado para bien de la Iglesia y del país, y no sea simplemente usado



para que la visita sea un éxito según criterios mundanos.

3. La comunión eclesial: llevarse mutuamente en la fe

La visita debe ser preparada como tal, es decir, como encuentro en el cual Juan Pablo II y el pueblo de Dios se sienten cercanos uno al otro, abiertos a dar y a recibir, y a llevarse mutuamente en la fe.

Los preparativos de la visita la presentaron fundamentalmente como *venida* del Papa al país, y no tanto como *visita*. Pareciera que lo único que podía y debía hacer el pueblo de Dios era prepararse para recibir algo importante del Papa, pero pareciera también que no tuviera nada importante que ofrecerle, ni mucho que el Papa necesitase algo de él.

Quizás estas palabras suenen novedosas y delicadas, aunque son obvias por otra parte. Pero hay que caer en la cuenta de que si esto no fuera así, la *venida* del Papa sería sólo un espectáculo sagrado y piadoso, pero no una visita propiamente dicha, es decir, un encuentro en el que no sólo el pueblo de Dios recibe inspiración y ánimo del Papa, sino en el que también Juan Pablo II recibe de la fe, de la esperanza y del testimonio de caridad del pueblo.

3.1. Sacralización inapropiada

La *venida* del Papa fue preparada como si fuese una mera *venida*, y detrás de ello hay una determinada comprensión teológica de su figura: el Papa es considerado distinto del resto de los miembros del pueblo de Dios y absolutamente superior a ellos. Y a esto ayudó la ligereza teológica con la cual se habló de él esos días. Parece que

todo es bueno para ensalzar al Papa, sin caer en la cuenta de que hay formas de hacerlo que más perjudican que ayudan a la fe y a la praxis cristiana —o cayendo en la cuenta, y por ello fomentándolo, porque no interesan ni esa fe ni esa praxis. Así, hemos leído que “no viene Karol Wojtila, sino el mismo Cristo”, que lo que diga el Papa “no serán sus palabras, sino lo que nos diría hoy Jesús de Nazaret”. Hemos oído que “el Papa es el vicario de la Virgen María”, que “la Virgen de Fátima viene con él, porque ella le devolvió a la vida cuando estaba clínicamente muerto, tras el atentado”. Hemos leído que la Virgen ha revelado al sacerdote italiano que ha consagrado el país al Corazón de María que Juan Pablo II “es mi Papa. Es el Papa formado por mí en lo profundo de mi corazón inmaculado”.

Estas palabras no son sólo exageraciones de una piedad mal encauzada, ni son sólo entusiasmos ocasionales. Han sido dichas por sacerdotes, cercanos algunos de ellos a las comisiones preparatorias oficiales, y con ellas se ha pretendido generar un ambiente cuasi-mítico alrededor del Papa. Y la jerarquía, que sepamos, no ha descalificado este modo de proceder ni le ha puesto freno. En su conjunto palabras como éstas fomentan un ambiente que sacraliza la figura del Papa sin ponerle ningún límite, confundiendo el respeto debido con la adulación y exageración sin límites.

Y a esto ayudó también, por coincidencia, la toma de la catedral por parte de los obreros despedidos del Ministerio de Obras Públicas. Sea cual fuere lo aceptable e inaceptable de su actuación —y en nuestra opinión hubo de ambas cosas—, la teologización del hecho fue hecha a la ligera; fue ética y teológicamente pobre y peligrosa. El hecho de la toma llevó a la reflexión sobre los lugares sagrados y la presencia de Dios, pero en la discusión se ignoraron verdades claves “ortodoxas” sobre la presencia de Dios en la historia, tal como nos la presentan la Escritura y Puebla.

Jesús dice a la samaritana: “Llega la hora que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre, sino en Espíritu y en Verdad, porque así quiere el Padre que le adoren”. Pablo dice a los cristianos: “ustedes son el cuerpo de Cristo, el templo del Espíritu Santo”, como lo actualizó para nuestro tiempo Mons. Romero en su segunda carta pastoral. Y el profeta Jeremías lanza una dura invectiva contra quienes se glorían en el templo de Jerusalén, mientras cometen toda suerte de fe-

chorías. Sea cual fuere la importancia del templo material no se la puede absolutizar, ni se la debe comprender con independencia de otros lugares donde Dios también está presente. No se puede considerar el templo como el lugar de la máxima presencia de Dios. Esto es lo que admirablemente dijeron los obispos católicos en Puebla, al hablar de la actual presencia de Cristo:

Jesucristo, exaltado, no se ha apartado de nosotros; vive en medio de su Iglesia, principalmente en la Sagrada Eucaristía y en la proclamación de su palabra; está presente entre los que se reúnen en su nombre y en la persona de sus pastores enviados y ha querido identificarse con ternura especial con los más débiles y pobres (196).

Hablar de lo sagrado es siempre delicado y no puede hacerse a la ligera ni simplistamente. Decir que con Juan Pablo II “viene Dios”, como si antes Dios hubiese estado ausente en este país, con un pueblo lleno de fe y de sangre martirial, es muy peligroso. Indudablemente, el Papa puede traer a Dios, pero —digámoslo— no tiene el monopolio de lo divino. Dios está presente no sólo en el Papa, sino en otras personas y realidades, especialmente en los pobres, tal como nos lo recuerda Puebla. Y mucho antes de que los obispos de Roma se apropiaran en exclusiva el título de “vicarios de Cristo” ya los pobres eran designados así por la mejor tradición cristiana. Y, en definitiva, queda la parábola de Jesús sobre el juicio final del evangelio de Mateo: Dios está en los pobres. Y de lo que hagamos con ellos, y de ninguna otra cosa más, depende la salvación definitiva.

3.2. Llevarse mutuamente en la fe

A nadie hace bien esta sacralización indebida del Papa y, por lo tanto, hay que volver a la sencillez. Dicho brevemente, según la teología católica, el Papa es, en primer lugar, un miembro, como todos los demás, del pueblo de Dios, tal como lo proclama el Vaticano II. Y en segundo lugar, desempeña una función específica importante dentro de ese pueblo. Ambas cosas hay que tenerlas en cuenta, pero por ese orden. Juan Pablo II es, primero, hermano nuestro y, después, pastor universal. Es, primero, cristiano, y después, Papa.

Esto es bien sabido en teología, pero se ignora, y así se cae en la pendiente de lo que podemos llamar “papalismo”, que nada tiene que ver con el

respeto debido al obispo de Roma. El concilio Vaticano II fue consciente de ello y en la constitución dogmática sobre la Iglesia cita unas palabras de san Agustín, obispo de Hipona, que ayudan a comprender lo que acabamos de decir sobre el Papa. Dice san Agustín a sus fieles: "Si me aterra el hecho de que soy para vosotros, eso mismo me consuela, porque estoy con vosotros. Para vosotros soy el obispo, con vosotros soy el cristiano. Aquél es el nombre del cargo, éste es el de la gracia; aquél, el del peligro; éste, el de la salvación" (*Luz de las gentes*, N° 32). Al Papa hay que verlo, pues, en lo que tiene de específico y distinto de nosotros, y en lo que tiene de común con nosotros. Y aunque extrañe, más fundamental es lo que tiene en común con todos los cristianos —la fe, la esperanza y la caridad— que lo que tiene de distinto: su ministerio universal, aunque esto sea importante.

Y hagamos otra precisión teológica. Con razón, el documento de la conferencia episcopal sobre la venida del Papa puede comenzar con el texto de Lucas: "confirma a mis hermanos". Pero, de nuevo, hay que situarlo bien. En el Nuevo Testamento se repite la idea, profunda y bella, de que todos somos corresponsables en la fe de otros. Pablo envía a Timoteo a los tesalonicenses "para afianzarles y darles ánimo en la fe" y les dice que él quiere ir a verlos "para completar lo que falta a su fe".

Pero la ayuda en la fe no va sólo en una dirección, sino en las dos direcciones. El mismo Pablo escribe a los romanos estas admirables y consoladoras palabras: "Ruego a Dios en mis oraciones que, si es su voluntad, encuentre por fin algún día ocasión favorable de llegarme hasta ustedes, pues ansío verles, a fin de comunicarles algún don espiritual que les fortalezca, o más bien para sentir entre ustedes el mutuo consuelo de la común fe, la de ustedes y la mía".

3.3. Juan Pablo II y el pueblo salvadoreño: dar y recibir

Volvamos a la visita del Papa. Se dice quién viene y qué trae, pero no se dice quiénes lo reciben y qué le ofrecen. Y así no se prepara una visita.

Sobre quién es el Papa, Juan Pablo II, Karol Wojtila, se habló mucho, aunque más a modo de

propaganda que de exposición seria de su pensamiento y su obra. Y también se dijo hasta la saciedad qué se esperaba de él: que trajera reconciliación y confirmara en la fe. Del pueblo de Dios prácticamente nada se dijo, ni tampoco sobre lo que este pueblo daría al Papa. En este contexto lo que apareció con mayor claridad fue la abundante ayuda financiera para construir catedrales, templos y vehículos por parte de minorías pudientes, que así buscaban ponerlo de su lado. Pero éstas no son en modo alguno la mayoría del pueblo de Dios, ni estas mayorías pueden dar eso al Papa.

La Iglesia y el pueblo salvadoreño son, ante todo, Iglesia y pueblo de pobres. Pasan por sufrimiento sin cuento, lo que les asemeja a Cristo crucificado, perenne signo

de los tiempos y presencia del Dios escondido. Tienen una tradición de compromiso, fortaleza y creatividad. Tienen fe en Dios, sencilla, popular o ilustrada, pero tantas veces

probada como la de Job, Jeremías y Jesús, porque no encuentra sosiego ante tanto mal. Mantienen un hilo de esperanza a pesar del desencanto. Y es una Iglesia y un pueblo mártir, con mártires conocidos como Mons. Romero y con innumerables mártires desconocidos, enterrados en los caminos del país y vivos en los corazones de muchos. Esto es la Iglesia y el pueblo salvadoreño. Y eso es lo que ofrece a Juan Pablo II. Y esto es lo que podía hacer de la venida del Papa una gran visita y no sólo un gran espectáculo.

* * *

Así vemos la preparación de la visita del Papa. Esperamos que estas reflexiones sirvan para subsanar los errores y limitaciones en la postvisita. Y terminemos con dos peticiones. La primera es de un sacerdote:

Hermano Juan Pablo. Ahora que viene a visitarnos, dénos ánimo en la fe. Dé consuelo y esperanza a este pueblo sufriente. Este pueblo ha dado muchas muestras de generosidad y compromiso, y, aun en medio del desencanto, sigue manteniendo viva la llama de la esperanza. Y recuérdenos a todos que sin verdad y sin misericordia no puede haber reconciliación. Recuérdenos que "la paz es obra de la justicia".

La Iglesia y el pueblo salvadoreño son, ante todo, Iglesia y pueblo de pobres.

La segunda petición es de una carta de la Conferencia de Religiosos de El Salvador:

La figura que siempre ha dado mucha esperanza a nuestro pueblo es la de Mons. Romero. También es una muy buena oportunidad que tiene en su visita a El Salvador reanimar la fe de este pueblo sencillo con la figura de Mons.

Romero, mártir y fiel testigo de Nuestro Señor Jesucristo, quien siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Esperamos una palabra suya o un gesto que apoye el proceso de canonización de nuestro querido pastor Mons. Romero.

